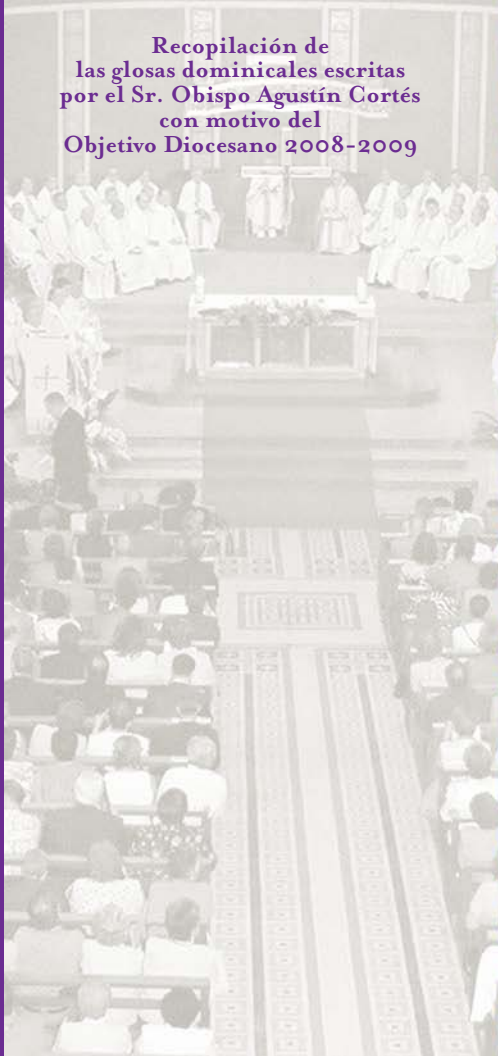


# LOS SACRAMENTOS, CELEBRACIÓN Y VIDA

LO QUE CREEMOS Y VIVIMOS,  
ESTO OS ANUNCIAMOS  
(1 JUAN 1, 1-4)

Recopilación de  
las glosas dominicales escritas  
por el Sr. Obispo Agustín Cortés  
con motivo del  
Objetivo Diocesano 2008-2009



# LOS SACRAMENTOS, CELEBRACIÓN Y VIDA

LO QUE CREEMOS Y VIVIMOS,  
ESTO OS ANUNCIAMOS

(1 JUAN 1, 1-4)

Recopilación de  
las glosas dominicales escritas  
por el Sr. Obispo Agustín Cortés  
con motivo del  
Objetivo Diocesano 2008-2009



---

Presentación .....	7
Glosa 1 LITURGIA EN LA CRIPTA DE LA COLONIA GÜELL ....	9
Glosa 2 LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DE LAS COSAS .....	11
Glosa 3 LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DEL CUERPO .....	13
Glosa 4 LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DE LOS GESTOS .....	15
Glosa 5 LA LITURGIA COMO PARTITURA .....	17
Glosa 6 LITURGIA Y VIDA .....	19
Glosa 7 LA LITURGIA CATÓLICA .....	21
Glosa 8 LA LITURGIA ES FIESTA .....	23
Glosa 9 LA NOBLE SENCILLEZ DE LA LITURGIA .....	25
Glosa 10 EL HUMILDE SERVICIO DE LA LITURGIA .....	27
Glosa 11 LA LITURGIA: ELOGIO DEL SILENCIO .....	29
Glosa 12 LA LITURGIA EN EL SENO DE LA TRINIDAD .....	31
Glosa 13 LA LITURGIA, PREGUSTACIÓN DE VIDA ETERNA ....	33
Glosa 14 LA LITURGIA DEL PERDÓN .....	35



Queridos hermanos:

Lo que hacemos este año, tratando de ser fieles al propósito de caminar unidos hacia un objetivo pastoral común, consiste en pasar «de la Palabra al Sacramento». En efecto, queremos pasar de considerar la Palabra de Dios, que nos interpela y trata de ser acogida con fe, al Sacramento que nos pone al alcance la realización física del encuentro personal.

Este paso ha sido bastante reflexionado por muchos teólogos, que han visto como, según el plan de Dios en la Historia de la Salvación, se hace de una manera muy natural y «lógica». Nosotros lo podemos entender bien fácilmente con esta comparación. La comunicación entre dos personas que se quieren se puede hacer por vía de palabras escritas, como por ejemplo una carta, un mensaje, un fax... Esta manera de comunicación puede llegar a ser muy personal y, cada vez que se escribe o se lee puede levantar una multitud de sentimientos, pensamientos y afectos hacia el otro interlocutor. Pero todo el mundo sabe que, si la relación va aumentando en intensidad y profundidad, los dos amigos desean algo más vivo y personal, como por ejemplo ser físicamente presentes uno y otro. De esta presencia, se espera un intercambio todavía más profundo y eficaz, por el hecho de que los amigos «están en contacto» sensible. Así es el paso de la Palabra de Dios, escrita, proclamada y escuchada, al Sacramento celebrado. Recordamos que esto lo vivimos cada vez que celebramos la Misa: de la primera parte, que denominamos «liturgia o mesa de la Palabra», pasamos a una segunda, que denominamos «liturgia o mesa del Sacrificio», o del sacramento propiamente dicho.

Así, pues, este año tratamos de mejorar este nuevo encuentro, que

obedece a una nueva presencia: el encuentro «físico» de amigos, con Jesucristo resucitado, en los sacramentos y, por extensión, en todas

las celebraciones litúrgicas. Iremos viendo cómo es este nuevo tipo de encuentro y qué es lo que pide de nosotros, para vivirlo mejor. Porque se trata de eso mismo, «de vivirlo», no tanto de pensarlo. Veremos cómo deberá ser celebrativo y comunitario, como tiene su propio lenguaje, como pide una cierta iniciación...

Pero, sobre todo, nos daremos cuenta de que si Él, Jesucristo resucitado, está presente actuando en los sacramentos, nosotros tendremos que «estar igualmente presentes» en su celebración. «Estar presente» ya sabemos qué quiere decir: nosotros mismos, tal y como somos y vivimos, con el corazón, la intención, la atención, toda la vida personal, nuestra fe y nuestras desazones, nuestras esperanzas y decepciones... La maravilla de los sacramentos y de la liturgia es que Jesucristo resucitado sale al encuentro de quienes caminan para regalarles una nueva presencia, personal, física y sensible, hasta sentarlos a su mesa, a fin de que sigan caminando en verdad y con esperanza (como en el camino de Emaús: *Lc 24,13-35*).

**+ Agustí Cortés Soriano**  
Bisbe de Sant Feliu de Llobregat

## LITURGIA EN LA CRIPTA DE LA COLONIA GÜELL (23-11-2008)

El pasado día 5 de octubre celebramos una eucaristía en la parroquia del Sagrado Corazón, de Sta. Coloma de Cervelló, cuyo templo es, como todo el mundo sabe, la Cripta de la Colonia Güell, obra del gran Antoni Gaudí. El motivo era el cumplimiento de los cien años de la colocación de su primera piedra. Una celebración de acción de gracias y de alabanza a Dios más que justificada, por el hecho de haberse conservado esta obra de arte a lo largo de un siglo, gracias a la presencia constante de la comunidad cristiana y de sus párrocos, que se han esforzado en mantenerla viva.

Pero esta presencia constante no es pura casualidad, ni el resultado de un esfuerzo voluntarioso o de una afición de sus protagonistas. Muy al contrario: es la consecuencia del sentido profundo de la obra religiosa de Gaudí.

Antoni Gaudí creaba belleza para la liturgia. El origen, la motivación, el soporte de su obra arquitectónica fue el momento en el que él decidió entregarse totalmente a Dios. Una entrega que venía de su amor y que se debía realizar con todo cuanto él tenía y era. Por tanto, también con su genio artístico.

Esto quiere decir que las piedras y todo tipo de materiales, en sus manos, se transformaba en ofrenda de amor y, en consecuencia, en belleza al servicio del misterio. O mejor dicho, la belleza del misterio, vivido por él como fundamento y sentido de su vida, encontraba en sus manos el instrumento adecuado para comunicarse. Pero este misterio no es otro que la comunión de amor entre Dios y nosotros y de nosotros mutuamente en el Espíritu de Cristo. Y eso mismo es lo que celebramos siempre en la liturgia. Podemos decir que Gaudí ejercía de arquitecto orando y para la oración de la comunidad, bien entendido que toda verdadera oración, incluso la más sencilla, es bella y que toda verdadera



belleza en el fondo es oración. Ya que la Belleza, como la Verdad y el Amor, es única: es el resplandor de Dios.

Éste es el motivo por el que, entrando en la Cripta de la Colonia Güell, uno se siente invitado a orar. Más aún, se siente invitado a celebrar lo que las piedras, las paredes, las columnas, las vidrieras, el techo, los espacios, la luz, todos los elementos arquitectónicos, anuncian con su silencio elocuente. En realidad, la liturgia de la comunidad no hace otra cosa que completar y dar cumplimiento a lo que Gaudí pretendía con su obra.

- En la liturgia cristiana los elementos naturales, como, por ejemplo, las piedras, el hierro, la madera, la arena, los minerales, el fuego, las plantas, el agua, la luz... son transformados y transfigurados en belleza para Dios.

- Así la naturaleza, que salió de las manos de Dios armoniosa y bella, y que por nuestros pecados encontramos dañada, alcanza su plenitud, su sentido último, su término, volviendo a Dios con la belleza recuperada.

- Pero en este proceso entramos nosotros. Un espíritu creador y un corazón sensible a la belleza del misterio es quien puede hacer este servicio.

No sólo es cuestión de sensibilidad y capacidad técnica, sino también, y sobre todo, de virtud. Hoy gozamos de un espacio, donde la comunidad celebra el misterio, porque su arquitecto llevaba este misterio dentro de sí y, no pudiendo retenerlo escondido, lo plasmó materialmente, por medio de su inteligencia, su imaginación y su sensibilidad. Así servía a Dios y a nosotros, sus hermanos. Todo un regalo del Espíritu.

## LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DE LAS COSAS (30-11-2008)

Como decíamos, las cosas, los materiales, la piedra, en las manos de Gaudí eran transformadas en belleza y así servían a la liturgia. Era su excelente servicio a la comunidad que reza. Él era un artista, que incluía su capacidad creativa en el ofrecimiento personal y vital a Dios. Así debe ser siempre y en todos los casos.

Desgraciadamente todos no somos artistas. Pero, si nos faltase un mínimo gusto o sentido para la belleza, difícilmente podríamos entender y vivir la liturgia. Hace unos días nos recordaba un sacerdote, en una reunión de sacerdotes y diáconos, que no tendríamos que olvidar la vertiente poética de la liturgia. En el fondo nos advertía de la necesidad de un sentido de la belleza, no sólo hacia sus textos y expresiones verbales, sino también en todo el conjunto de la acción litúrgica. En eso estábamos todos de acuerdo.

Hemos de decir que todo el mundo tiene este sentido estético. Eso sí, más o menos cultivado: es una de las huellas de Dios, cuando nos creó a su imagen y semejanza. Y diremos más: es un sentido que, sin darnos cuenta, se manifiesta en mil detalles de la vida. De hecho, no es demasiado atrevido decir que hay "una liturgia casera", que empapa toda la vida, y en la cual proyectamos nuestro sentido estético. Cuando colgamos un cuadro en la pared, ponemos una flor sobre el tapete, envolvemos un regalo con un lazo, ponemos la mesa de una determinada manera, colocamos una luz en el lugar que nos parece adecuado, nos engalanamos con un vestido u otro según la ocasión, colocamos un mantel u otro..., estamos haciendo liturgia casera. Y en esta liturgia proyectamos nuestro sentido estético, creamos belleza al servicio de la experiencia que queremos provocar y compartir.

Para entender qué es la liturgia en la Iglesia conviene que profundicemos un poco en esta conducta más cotidiana.

- Lo que hacemos es manejar cosas, objetos. Pero lo hacemos de tal manera que los convertimos en lenguaje, les hacemos hablar, los cargamos de significado.

- Esta acción de hacer hablar las cosas consiste en sacar de ellas toda su capacidad de comunicar belleza. Mediante esta comunicación provocamos una determinada experiencia en los otros: bienestar, gozo por la compañía, agradecimiento, alegría...

- Es esta experiencia lo que nos interesa de verdad, a pesar de que casi nunca la explicamos de palabra. Queda como una especie de misterio escondido y que hay que vivir, más que explicarse con razonamientos y discursos.

Sólo falta que los otros, una vez recibida la comunicación, tengan la suficiente sensibilidad como para "entrar" en esta experiencia y compartirla. Los otros, para ello tienen que entender (y vivir) el lenguaje de las cosas, la belleza que rezuman, gracias a la acción humana de quien las ha transformado y colocado allí.

Para un cristiano cualquier liturgia casera es algo más que un acto de educación o de afecto. Para él todo está empapado del amor a Dios y a los hermanos: en el fondo todo lo que pretende es compartir esta experiencia.

Pensemos en "las cosas" que usó Jesús para provocar la experiencia de su amor, como por ejemplo, el pan y el vino. En sus manos el pan y el vino son cosas que hablan y, así, comunican presencia y gesto de su propio amor, lo que mostró muriendo y resucitando por nosotros. Fue la primera liturgia cristiana.

## LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DEL CUERPO (7-12-2008)

Cuando decimos que en la liturgia las cosas "hablan", sabemos que las cosas, por ellas mismas, son mudas. Lo que queremos decir es que hablan por el hecho de que las hemos tomado, las hemos transformado, y las hemos colocado en el lugar que pensamos es más significativo: es nuestra acción lo que las hace hablar, las llena de sentido. En realidad, empapadas de nuestro espíritu, "son" realmente otra cosa, como el pan y el vino en las manos de Jesucristo.

Un amigo me ha enviado el fragmento de una novela. Entre otras cosas, incluye la narración del encuentro del protagonista, con una chica amiga suya, tal vez más que amiga, en una salida del metro de París. Este encuentro se produce con una encantadora sencillez, pero también con una profunda intensidad. Él, persona de espíritu bien cultivado por la oración, la búsqueda personal y el sufrimiento, ve cómo su amiga se le acerca, subiendo las escaleras, y el autor describe su visión con cuatro palabras: "la sonrisa que le dirigía parecía una flor del alma". Más adelante cuenta la conversación de dos sacerdotes: uno de ellos recordaba un día que iba en el autobús vestido de particular y entabló conversación con una viejecita que se sentaba al lado. De repente su interlocutora le suelta esta pregunta: "Oiga, ¿usted es cura?". "Sí, ¿cómo lo ha adivinado?", le contesta. Y responde la viejecita: "Por su manera de mirar". Alma en la sonrisa y alma en la mirada.

No sólo las cosas hablan en la liturgia, sino también, y más aún, nuestro cuerpo. Más todavía que las cosas, porque el cuerpo lo tenemos más cerca del espíritu: es su vivienda natural y su vehículo de expresión normal. A veces parece que, cuando vamos a la liturgia, olvidamos el cuerpo en la calle, o que no nos damos cuenta de que lo llevamos con nosotros, dispuesto a servirnos en la oración. Este olvido resulta un serio obstáculo para la liturgia en sí misma y para la participación

personal en ella. Sólo se nos pide que pongamos espíritu en nuestro cuerpo, para que éste no permanezca mudo.

- Quien cree y trata de vivir el misterio que celebramos, es la persona: "yo creo que Dios nos ama y nos salva en Jesucristo".

- Pero la persona es también cuerpo: "yo creo, amo y espero, también con mi cuerpo... Yo rezo y celebro con mi cuerpo".

- Porque Dios se procuró también un cuerpo para amarnos mejor y que no tuviésemos que subir al cielo para encontrarle.

No es indiferente ir vestido de una u otra manera, sentarse en un lugar u otro, con los otros o solo, saludar con un gesto o no, caminar en procesión o no, levantar las manos o dejarlas quietas, "coger o recibir" la comunión, hacer una inclinación o una genuflexión o no hacerla... Todo habla y todo comunica; todo hace comunión y todo identifica. Nos hacemos presentes y nos comunicamos con nuestro cuerpo. Asimismo, el misterio no evita nuestro cuerpo, antes bien, le gusta hacerse presente y comunicarse usando todas sus virtualidades. "El Verbo de Dios se hizo cuerpo".

## LA LITURGIA Y EL LENGUAJE DE LOS GESTOS (14-12-2008)

La belleza, las cosas, el cuerpo, sirven a la liturgia en tanto que forman parte de una acción. Porque la liturgia es exactamente una acción.

Con ello queremos decir que no es un espectáculo, que se componga de escenario o pantalla y patio de butacas, actores que hacen cosas y hablan y público que mira. No es una representación plástica más o menos bonita, expuesta a la contemplación estética de los espectadores. La liturgia es una acción que hacemos todos los que participamos en ella.

La primera consecuencia de esta afirmación es que es preciso "entrar", sentirse implicado en aquello que se hace.

Un día visité, sin previo aviso, a un matrimonio, que sabía no iba bien. Me recibió la esposa en un salón muy arreglado y limpio, elegante y compuesta como para ocasiones especiales: el esposo, por el contrario, lo encontré fuera de casa, haciendo bricolaje, vestido deportivamente. Era todo un símbolo: la esposa había preparado una liturgia, de la cual él se encontraba muy lejos. El matrimonio no acabó bien. Más tarde, él me quería explicar el fracaso, diciéndome que ella ya no tenía detalles de afecto... Le recordé mi impresión en aquella visita: "ella se había engalanado sólo por ti", le dije. Pero él se encontraba tan lejos de su esposa, que ni se había percatado.

La liturgia, en efecto, estaba bien hecha, con los signos comprensibles y los gestos adecuados. Pero faltaba lo más importante: la sintonía, el afecto, el comunión... Sin esta sintonía la mejor liturgia será un fracaso (puede quedar como espectáculo). A veces también nuestras liturgias provocan esta misma impresión: parecen trabajos de amor frustrados. Y la pregunta que entonces nos viene a la cabeza es si Jesucristo sentirá

lo mismo. Él, en efecto, es quién dispone la liturgia, nos lava con agua, nos unge, nos prepara la mesa, nos pone al alcance los signos de reconciliación...

- El gran reto es alcanzar, a través de estos signos, el amor suyo, que renueva, fortalece, establece comunión de vida, perdona y reconcilia.

- Por ello, no basta con usar los signos más adecuados a la sensibilidad de la gente y que la gente los "entienda" y quede impresionada.

- Es preciso que la gente, todos nosotros, llevemos dentro aquel mínimo de apertura a Jesucristo, aquel mínimo de interés, aquella disposición que hace posible la comunión efectiva.

No todos entran en la liturgia, porque no todos respiran su aire. Ni siquiera todos los que dicen que "les ha gustado", podemos decir que han entrado verdaderamente en la liturgia. El disfrute y la alegría de quien entra en la liturgia vienen, no de la liturgia como tal, sino de la comunión de vida que ella ha hecho posible.

Eso sí, la celebración frecuente hace crecer y profundizar la comunión, y a su vez la comunión nos hace más aptos para la celebración: así crece en nosotros el amor del Espíritu. El amor es virtud, la virtud es hábito y el hábito es acción.

## LA LITURGIA COMO PARTITURA (21-12-2008)

No nos cansaremos de llamar a la participación en la liturgia. "Participación" quiere decir implicación cordial, vital y consciente. Si decimos que la liturgia es acción, entendemos que quienes la celebran no se han de sentir sólo como sujeto pasivo, como quien dice: "alguien ha hecho algo para mí, o conmigo, o en mí".

Es verdad que el hecho de estar regulada y establecida, puede dar la impresión de que la liturgia de la Iglesia sólo consiste en recibir lo que nos dan. En efecto, contiene fórmulas, rúbricas, textos y normas. A veces nos revelamos frente a ello, reclamando el protagonismo que ha de tener la asamblea, el celebrante, o el responsable de turno. No nos faltan razones: la liturgia es experiencia del Espíritu y el Espíritu no se sujeta a normas, sino que es creatividad y espontaneidad. Lo otro, decimos, es hieratismo y formalismo.

Sin embargo, la cuestión no es tan simple. Es más profunda y rica.

Escribe un monje de la comunidad de Bose:

"Podría compararse la celebración a la interpretación de una obra musical. Al principio hay una partitura. Todavía no es música, sino sólo un conjunto de signos en un papel. Será música en el momento en el que los músicos la hagan sonar. Pero los músicos no son el compositor: es una música que viene de otro y que los instrumentistas interpretan siéndole fieles, si bien con aquel margen de libertad y de toque personal que permite que la música del mismo compositor tenga diferentes interpretaciones según sus intérpretes".

La comparación es adecuada. La liturgia no son las fórmulas, los textos o las normas, sino la acción de celebrar realizada por la comunidad. La asamblea actúa siguiendo lo indicado, pero haciéndolo personal, con su impronta particular. Un texto, un gesto, una acción, siendo los



mismos cambian profundamente según la situación vital del que celebra: el Padre Nuestro suena diferente en un clima absolutamente festivo, o en una comunidad dividida, o en una asamblea preocupada por el pan de cada día.

Hoy la liturgia deja muchos elementos a elección de quienes celebran. Pero, aun lo establecido, debe ser actuado poniendo en ello la vida y el corazón. Además, la "partitura de la liturgia" es también una obra creadora del Espíritu Santo, que la ha ido componiendo a lo largo de los siglos mediante su obra en la Iglesia, que celebra el misterio de la fe. El mismo Espíritu que anima hoy la asamblea que celebra es quien pone en sus manos el modo de celebrar. Más aún: Él es el propio misterio de amor que se celebra; es el compositor, es la música y el intérprete.

## LITURGIA Y VIDA (28-12-2008)

Una de las preocupaciones más frecuentes entre quienes se sienten responsables de la Iglesia, es la relación que debe tener la celebración litúrgica y la vida de los fieles. Esta preocupación a menudo se formula así: "la liturgia tiene que responder a las preocupaciones vitales de la asamblea", "lo que importa es la vida que sigue, una vez acabada la celebración", en definitiva "la liturgia tiene que servir a la vida"...

Todas estas afirmaciones dicen una verdad. Pero no toda la verdad: conviene explicar antes algunas otras afirmaciones también muy importantes.

En primer lugar, que la liturgia, ella misma, es vida, es vivencia, aunque no es lo que solemos llamar "vida ordinaria". Es un momento especial, una especie de paréntesis, vivo y experiencial, que pretende hacernos compartir algo central y decisivo: el misterio de comunión, que, eso sí, da fundamento y sentido a la vida. Bien entendido que esta vida iluminada, llena de sentido, es tanto la cotidiana, como la eterna. Así es como podemos decir que "la liturgia sirve a la vida, o sea, está en función de ella".

Sin embargo, también tendrían razón quienes dijese que "la liturgia no es algo útil", porque no se puede usar para otra finalidad que no sea la vivencia del misterio. Y la vivencia del misterio no se puede instrumentalizar, no se puede "usar" para alcanzar otro objetivo que no sea ella misma. Cuando voy a un museo, miro un paisaje bonito, celebro un encuentro de amigos..., me encuentro bien, aprendo, salgo estimulado para hacer frente a los retos de la vida, despierto los mejores sentimientos en mi interior, pero no puedo decir que hago todo eso, precisamente para sentirme bien, aprender o animarme. Hay un montón de experiencias en la vida, que se justifican por ellas mismas y que, cuanto más elevadas, menos se pueden buscar por su "utilidad": gozan

de aquel espléndido don, que llamamos "gratuidad". Como todo cuanto pertenece a la experiencia de amor, la liturgia es gratuidad, se vive y basta, no es preciso buscarle otros objetivos. Si lo hiciésemos la adulteraríamos, la vaciaríamos de su valor más profundo.

Por ello podemos decir que:

- La liturgia no es "útil", pero es absolutamente necesaria para la vida, pues no podemos vivir sin la gratuidad del amor y su celebración.

- La liturgia no es una lección, pero es absolutamente necesaria para saber quién es el Dios de Jesucristo: experiencia antes que idea, celebración antes que reflexión.

- La liturgia no es un rato de "pasarla bien", pero nos es necesario experimentar el gozo de creer y de alabar al Dios que nos ama.

Este domingo la liturgia nos permite celebrar el día de la familia y de la vida; de la Sagrada Familia y de la sagrada vida humana, que es concebida, nace y crece en su seno. No podemos instrumentalizar la celebración. Pero quién celebra la vida, fruto del amor, ¿cómo dejará de luchar contra todo tipo de muerte, causada por tanto desamor?

## LA LITURGIA CATÓLICA (4-1-2009)

Cerca de la solemnidad de Epifanía conviene recordar que nuestra liturgia es también "epifanía" o manifestación de la Iglesia. No lo es en el sentido de que en la liturgia la Iglesia se manifiesta simplemente a sí misma, sino, más bien, en el sentido de que manifiesta el Espíritu de Jesucristo que habita en ella. Por eso decimos que la liturgia, como la Iglesia y el Espíritu, es católica, es decir, una y universal.

Como siempre pasa en las cosas del Espíritu, esta afirmación se entiende más viviendo lo que significa, que no explicándola con razonamientos.

Hay una experiencia privilegiada, donde se vive este misterio, que es en las misas internacionales: en ellas aparece la Iglesia en todo su esplendor católico. Sin embargo, en realidad todas y cada una de las misas son "internacionales", y no es preciso esperar un acontecimiento espectacular para vivir la riqueza de la catolicidad en la liturgia. Hace años tuve que hacer un viaje, de un mes de duración, acompañando a un obispo por varios países de América del Sur. El objetivo del viaje era visitar los misioneros de la diócesis que trabajaban allí, sus comunidades y sus ambientes. El resultado fue bastante positivo en muchos aspectos y por muchas razones. Una de ellas, quizá de las más llamativas, era la maravillosa experiencia de Iglesia que viví rezando y celebrando la Eucaristía. Una experiencia que venía favorecida por la unidad de la lengua, pero que iba mucho más allá. ¿No es maravilloso ir celebrando la Eucaristía, única y siempre la misma, al mismo tiempo que diferente y plural según la historia, la vida y la cultura de los fieles? ¿No es una gracia no sentirte nunca extraño o extranjero en ningún lugar, donde la comunidad escucha la misma Palabra, realiza los mismos gestos esenciales, reza el mismo Padre Nuestro o proclama el mismo Credo? ¿Y cómo la misma oración, el mismo gesto, las mismas palabras, arraigan

en la vida íntima y concreta de las personas, que, por su parte, aportan su propio tono, su propio color, su acento, según su vida y su cultura?

Eso solo lo puede realizar el Espíritu de Jesucristo. Solo Él puede hacer que nada de mi hermano, diferente a mí, me resulte extraño.

- En la liturgia la Iglesia se expresa a sí misma, manifiesta aquello que es.

- La Iglesia, en su corazón y esencia, es la comunión católica en el Espíritu de amor de Jesucristo.

- Reto y compromiso de los cristianos es mirar de ajustar cada día, cada celebración, la vida de la comunidad al ser genuino de la Iglesia y a su manifestación, tal como establece la liturgia.

Por eso la liturgia es para nosotros toda una osadía, pues no acabamos de vivir totalmente aquello que somos y manifestamos. No obstante, el misterio vive realmente en nosotros, mezclado con nuestras imperfecciones, al mismo tiempo que nos dice cada día: "sé lo que celebras", o mejor, "sé lo que celebro en ti".

## LA LITURGIA ES FIESTA (11-1-2009)

Hablamos de "celebraciones" litúrgicas, y parecería que con esta expresión ya damos por supuesto el tono festivo de la liturgia. Sin embargo, eso del "tono festivo" se tiene que explicar y, por otra parte, serviría sólo para la liturgia de los cristianos, en la cual nunca falta el resquicio de luz y de paz. Hoy, por el contrario, la liturgia civil incorpora a menudo celebraciones de muertes y derrotas, no para hacer fiesta compartiendo alegría, sino para honrar al personaje muerto, o revivir el dolor, o bien para reavivar el sentimiento de rebelión o reivindicación de todo tipo.

Es por ello que hemos de recordar que nuestra liturgia siempre es festiva, incluso cuando celebramos algo tan triste como, por ejemplo, la muerte de un ser querido, pues en realidad nunca celebremos su muerte, sino el triunfo de la resurrección de Cristo en él. Ni qué decir tiene que esta celebración festiva es compatible con las lágrimas.

¿Cómo es posible hacer fiesta, aceptando que puede haber lágrimas? Más aún, ¿cómo celebrar festivamente aquello que es lo más serio de la vida, el sentido profundo de las cosas, la razón de nuestra existencia?

Ya decimos que es preciso explicarlo. Estas preguntas vienen de mirar la fiesta litúrgica con los mismos ojos con los que miramos cualquier otra fiesta. Hace años John A. T. Robinson, teólogo de la secularización, publicó un libro titulado *Fiestas de locos*, donde reivindicaba el valor de las fiestas naturales o paganas, de las que tendríamos que aprender o que tendríamos que incorporar a nuestras celebraciones. Ciertamente la Iglesia ha integrado no pocas fiestas originariamente paganas. Pero el fondo de la fiesta litúrgica cristiana es ciertamente otra cosa.

De hecho, "montar una fiesta" es muy fácil. Conocemos, y podemos

usar, los resortes, los estímulos, que crean ambiente festivo, como por ejemplo, canciones, luces, adornos, gestos... Lo hacemos en todas las liturgias, dentro y fuera de la Iglesia. Pero nos engañaríamos, si pensásemos que, simplemente haciéndolo, ya hemos cumplido con el principio de que nuestra liturgia debe ser festiva. Tratándose de niños o jóvenes, a menudo quedamos satisfechos, cuando una determinada celebración "ha sido divertida y se lo han pasado muy bien". Y ojalá hiciésemos muchas celebraciones con este resultado. Pero nos podemos engañar. La liturgia cristiana también juega con las formas, con los estímulos sensoriales y psicológicos, pero no es tan sólo eso, en absoluto. Una vez más, tenemos que recordar que todo eso en nuestra liturgia no tiene ningún sentido, si no es porque nos facilita el acceso al misterio. En definitiva, la fiesta radica, nace, se sostiene en la vivencia del misterio.

- Tanto los elementos que usamos en la fiesta litúrgica, como la alegría que ella despierta, no son otra cosa que signo o parábola de un gozo mucho más profundo.

- El gozo profundo del cristiano es una de las manifestaciones de la felicidad que otorga el misterio de comunión y de amor que nos hace vivir el Espíritu.

- El misterio de comunión y de amor es un don inmenso: la alegría es como el papel bonito con el lazo de colores, que envuelve el regalo.

Así, no sólo nos alegra poder vivir el misterio de comunión en la liturgia, sino también el hecho de que nos ha sido dado por amor. Un motivo añadido a la fiesta.

## LA NOBLE SENCILLEZ DE LA LITURGIA (18-1-2009)

En el n. 34 de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II encontramos esta afirmación:

"Los ritos tienen que resplandecer por la noble sencillez, ser diáfanos por la brevedad y evitar las repeticiones inútiles, han de adaptarse a la capacidad de los fieles y, en general, no tienen que precisar muchas explicaciones".

"Los ritos tienen que resplandecer por la noble sencillez". Estas palabras son de esas que, a base de diálogo, enmiendas e intervenciones de la asamblea conciliar, acaban bien ajustadas y pulidas. Conviene explicar qué es lo que hay en el fondo de cada uno de los elementos de esta frase.

Menciona los "ritos", que son acciones, gestos establecidos. Pero lo que se dice de los ritos también podría decirse igualmente de todo cuanto forma parte de la liturgia: objetos, luces, vestidos, cantos, ornados, palabras, arquitectura...

Dice que todo tiene que "resplandecer". En el original latín se usa la palabra *fulgeat*, que también podríamos traducir por "brille" o "luzca". Son verbos que hacen referencia a la belleza, pues la belleza, si se nos permite la expresión un poco filosófica, viene a ser "el resplandor, el brillo del ser". Toda la liturgia, en efecto, tiene que transparentar belleza, precisamente la belleza del misterio de comunión y de amor celebrado.

Pero lo más interesante de este texto es haber unido las dos palabras: "noble sencillez". Porque, a veces, por "noble" se entiende algo extraordinario, fuera del pueblo común, o bien algo llamativo y caro, rico e impactante; y, a la vez, por "sencillo" se entiende algo vacío, sin forma ni sentido, incluso chapucero. El texto, por el contrario, une los dos sentidos: pone "sencillez" como sustantivo, porque la cualidad más



importante en todo cuanto pertenece a la liturgia es ser accesible a la gente; y a la vez añade "noble" como adjetivo, porque todo debe ser también digno de la belleza del misterio.

En definitiva, el misterio de comunión y de amor tiene su lugar adecuado en aquella liturgia que realiza la belleza del misterio en lo más sencillo. La nobleza de lo sencillo.

Con motivo de la visita pastoral somos acogidos a menudo por pequeñas comunidades de religiosos y religiosas, que viven en pobreza y austeridad. Una habitación de sus casas se destina a capilla, donde se encuentra la Eucaristía para la plegaria. Su ornamentación no desdice de la pobreza propia del resto de la casa o del barrio, pero el lugar es noble, porque quien ora crea a su alrededor espacios de belleza. Es el misterio de comunión vivido el que busca expresarse en la sencillez de las formas, incluso en la pobreza de los elementos.

Pasamos así de la sencillez de las formas (ritos, objetos...) a la humildad: la noble sencillez de la liturgia no es otra cosa que expresión de la noble humildad de la Iglesia, que vive y celebra el misterio de comunión. Una vez más, hemos de recordar que la liturgia, antes de formas, es vivencia del misterio. La verdadera liturgia es el vestido más adecuado para esta vivencia: "como la esposa adornada para su esposo..." (cf. *Is* 61,10).

## EL HUMILDE SERVICIO DE LA LITURGIA (25-1-2009)

La sencillez en la liturgia es la compañera natural de la humildad de la Iglesia, es decir, de todos y cada uno de quienes participan en ella y de la comunidad como tal.

Hay que reconocer que la liturgia es una actividad muy tentadora para un vanidoso, un espacio muy goloso para quien le gusta exhibirse. De hecho, por propia naturaleza, es una acción pública, que además cuida las formas y trata de poner estas formas al servicio de la belleza. Está por ello rozando la línea del espectáculo. Pero, como le gustaba decir a C.S. Lewis, lo más sublime siempre está tocando lo más ridículo. Y así también podemos decir que nada más ridículo que una liturgia cristiana convertida en espectáculo y ostentación. Eso, además de la grave ofensa, por adulteración, que tal celebración haría al misterio.

Es por este motivo por el que hemos de revisar dos actitudes contrapuestas y que nacen de un mismo error. Por una parte, no aceptamos la postura de aquéllos que no dejan participar otros en un determinado servicio litúrgico, como si se hubiesen aferrado al "cargo". Pero también, por otra parte, hemos de evitar aquella falsa humildad de quien no acepta un servicio en la liturgia, porque tiene miedo de exponerse a la mirada de todos... Ambas actitudes obedecen al mismo defecto de dar demasiada importancia a la persona que actúa en la liturgia. Más bien al contrario, en los servicios y ministerios de la liturgia el individuo concreto no tiene que contar para nada, sino sólo su función, su servicio. Eso sí: que lo haga bien.

Este principio tan importante es descuidado muy a menudo. Así, cuando en la celebración, con toda la buena voluntad, encargamos un servicio a una persona sólo "por darle protagonismo o importancia" (para que "participe"); o, lo que es más grave, cuando aplicamos unos criterios de "protocolo", que están bien para actos sociales, pero que

no sirven en la liturgia, como por ejemplo dar preferencia "al más importante" o huir de un lugar señalado para no "darse importancia"... En la liturgia no se rinde homenaje más que a Jesucristo y, absolutamente todos, son siervos, sea cual sea el lugar que ocupen o el oficio que hagan.

- La liturgia es uno de los lugares donde ejercemos la humildad más profunda: es acción, obra de Dios, y nosotros sólo somos sus siervos.

- En la liturgia, por tanto, los agentes están ahí gracias a un encargo: les llamamos por ello "ministros".

- La virtud que les corresponde, es la humildad, que se define como aquella forma de amar, que nos permite estar donde toca estar, y hacer lo que se nos ha encargado.

San Agustín lo sabía por propia experiencia: presidir, para un presbítero o un obispo, no es sino estar para los demás, más aún ser para los demás (*praesse est proesse*, decía muy a menudo). Confesando ser tentado de orgullo y vanidad precisamente en la liturgia, hacía constantemente ejercicio personal de amor humilde en el servicio episcopal. Al fin y al cabo, ¿quién podría tener la pretensión de representar Jesucristo al frente de su Iglesia?

## LA LITURGIA: ELOGIO DEL SILENCIO (1-2-2009)

Puede resultar extraño el hecho de hacer aquí un elogio del silencio, cuando la liturgia es toda ella expresividad, lenguaje, "palabra" en sentido amplio, y comunicación. Pero lo hacemos con plena conciencia. Por dos motivos fundamentales: porque el silencio también es expresión, lenguaje, palabra y comunicación; y, además, porque todo lo sensible, que la liturgia utiliza para comunicar, ha de nacer de una interioridad, que se cuece en el silencio.

Hacemos aquí una apología del silencio, pero no de cualquier silencio. A veces el silencio de la asamblea, que no canta, no responde, no interviene, es un verdadero sufrimiento para el celebrante: tiene la impresión de que no hay nadie, sólo las paredes, unas estatuas... De hecho hay silencios que provienen de la timidez (quienes tienen miedo a expresarse), los hay que son efecto de la ignorancia (no saben qué hay que decir), los hay que nacen de una disimulada "aristocracia" (responder, cantar, con los otros sería rebajarse), los hay que se alimentan de un individualismo poco cristiano ("es mi devoción"). Estos silencios, naturalmente, no merecen el elogio a la liturgia, no tienen lugar en ella, le son contrarios, pues no sirven a la expresión y la comunicación.

En el otro extremo de los silencios negativos, encontramos liturgias que son un ruido continuo. En ellas no hay lugar para la introspección o la plegaria contemplativa. Un momento de silencio nos pone nerviosos, no sabemos qué hacer de él, queremos rellenarlo con música, un canto o palabras.

Posiblemente no hacemos silencio, porque le tenemos miedo, porque huimos de todo cuanto nos hace encontrarnos a nosotros mismos. Dice Pere Maragall Mira sobre el escritor Joan Maragall: "Son también importantísimos los silencios (suyos), todo cuanto callaba por el prurito de no expresar nunca los estados negativos (de su interioridad)". Pero,

si son importantísimos los silencios de Joan Maragall, más que por este prurito, ¿no será precisamente porque fue un hombre entregado a la comunicación, él que escribió el Elogio de la palabra? ¿No será que callar alguna cosa, es la manera más conveniente para poderla decir mejor? ¿No es el mejor "Padre Nuestro" aquél que antes ha sido cantado o rezado en el silencio del corazón?

- Hacemos elogio del silencio precisamente, porque es condición de la verdadera comunicación.

- El silencio nos permite recuperar la interioridad. También la interioridad de la asamblea. Desde ella comunicamos al exterior nuestra verdad, lo que somos y vivimos verdaderamente.

- El silencio nos ayuda a salvar la distancia entre lo que se expresa y lo que se siente dentro. Nos libera, por lo tanto, del formalismo, la teatralidad, el falseamiento.

Y sobre todo, el silencio en la liturgia es el momento para la asimilación y la contemplación de aquello que se ha vivido exteriormente. La asimilación personal y la contemplación son un paso necesario para la "verdad", la autenticidad, de nuestra liturgia. Un silencio oportuno de toda una asamblea en un momento determinado de la celebración puede ser una maravillosa expresión de que la comunidad reunida comparte un mismo corazón.

## LA LITURGIA EN EL SENO DE LA TRINIDAD (8-2-2009)

Como toda oración, la liturgia nos adentra en la conversación más sublime que podemos imaginar: la conversación que hay en el seno de la Trinidad.

"Igual que Cristo fue enviado por el Padre, también Él envió a los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, no sólo a proclamar el Evangelio... sino también a que, por el Sacrificio y por los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica, realizasen la obra de la salvación que anunciaban" (Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II).

Si nos fijamos bien, a menudo usamos el adjetivo "sagrado" para designar las diversas cosas de la liturgia: espacios, ornamentos, ritos, cantos, ministros... Esta palabra no agradaba a muchos, que por los años sesenta y setenta estudiábamos la teología de la secularización. Y la verdad es que, para un cristiano, "sagrado" no puede significar lo mismo que significa en otras religiones. Una vez más, no es indiferente la idea de Dios que se emplee. El Dios de Jesucristo no es una divinidad anónima, que se alcanza mediante una técnica mística, o el dios que exige un lugar separado y un espacio exclusivo, fuera de la humanidad, para reservárselo como "sagrado". No es tampoco el dios solitario y aislado, que se alcanza mediante ritos esotéricos.

El Dios de Jesucristo tiene dos características propias. Primera, que es personal, es tres personas que viven la plenitud de amor mutuo. Y segunda, que, para hacernos el don de la felicidad, sale de él mismo, hasta compartir todo cuanto es nuestro, el terreno, los caminos, la historia, el espacio, el cuerpo, el lenguaje, a fin de tratar con nosotros, llamarnos e incorporarnos a esta comunión de amor.

Para un cristiano, el lugar y el espacio más sagrado, más divino,

más de Dios, es el lugar más humano, es decir, la humanidad de Jesucristo. La humanidad de Jesucristo es el templo de Dios, el único templo de Dios. Por ello, para encontrar al Dios verdadero, es preciso entrar en esta humanidad ("no hay otra puerta", como diría Santa Teresa). Y una vez dentro de la humanidad de Jesucristo, ¿qué encontramos? Encontramos el intercambio apasionante de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu (recordemos las oraciones, los diálogos gozosos y trágicos, de Jesús con el Padre, en el Espíritu).

- Toda la liturgia cristiana, con todos los elementos humanos que utiliza, no es otra cosa que continuación de la humanidad de Jesucristo.

- Así, la liturgia cristiana se convierte en "sagrada", porque, introduciéndonos en la humanidad de Jesucristo, nos facilita un tiempo y un lugar de Dios, donde poder gozar del diálogo y conversación con Él.

- Entonces, este diálogo y esta conversación no será otra cosa que una participación atrevida en el diálogo y conversación de amor que hay en el seno de la Trinidad.

Cuando vayamos a misa, no estaría mal que pensásemos cada uno: "Voy a gozar del intercambio de amor del Padre y del Hijo en el Espíritu". No nos damos cuenta de que, concluyendo la plegaria eucarística, quien preside realiza la firma más litúrgica y más bella que puede salir de una comunidad que vive del amor de la Trinidad: "Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos".

## LA LITURGIA, PREGUSTACIÓN DE VIDA ETERNA (15-2-2009)

Los últimos tiempos hemos podido vivir, con presencia física o espiritual, las liturgias exequiales de monjas y monjes de nuestra diócesis. Es una experiencia muy recomendable para todos. A menudo estas liturgias son ocasión de recordar rasgos de su personalidad humana o espiritual, de sus obras y de sus servicios a la comunidad o a la Iglesia. Sin embargo, más allá de sus "frutos" o méritos, cuando se participa en estas liturgias, la oración despierta algunos pensamientos bastante interesantes sobre el sentido de sus vidas. Así, por ejemplo, nos damos cuenta de que "esta monja, este monje, que a lo largo de su vida de consagrado ha pasado tantas horas entregadas a la plegaria litúrgica, tal vez no habrá experimentado en su muerte una ruptura tan fuerte, como sentirán el común de los mortales".

Hemos insistido repetidamente que la liturgia tiene que estar arraigada en la vida concreta, histórica, personal y comunitaria. Pero, una vez sumergidos en la atmósfera de los signos, de los cantos, del espacio, del lenguaje litúrgico en general, tenemos la impresión de que la liturgia nos acerca al cielo. Ha de ser así. Y lo decimos bien convencidos, si sabemos que aquel arraigo a la vida y a la historia no contradice este acercamiento al cielo, sino, al contrario, lo exige. Nuestra vida y la historia, de hecho, tienen en el cielo su conclusión. Más aún, hemos de decir que, si la liturgia no nos acerca al cielo, no sirve para nada.

Al respecto conviene recordar que la literatura cristiana, desde la misma Sagrada Escritura, cuando ha querido expresar o describir la vida de la gloria en el cielo, no teniendo al alcance otros conceptos y otro lenguaje más adecuado para hacerlo, ha usado imágenes litúrgicas. Así, la llamada literatura apocalíptica. El libro del Apocalipsis es en eso un modelo: en el cielo hay asambleas de fieles bien dispuestas, cánticos, voces, luces, presidencia y ministros, movimiento de los personajes,



música, incienso, palabras, vestidos... En el fondo lo que espontáneamente pensaban los autores de esta literatura era que "en el cielo hay que vivir algo parecido a lo que vivimos en nuestra liturgia" (da lo mismo, si alguien piensa que es al contrario, que la liturgia viene a ser una copia de lo que describe el Apocalipsis): al fin, la liturgia cristiana es una preguftación del cielo.

- Para cambiar el presente, hacer avanzar la historia, mejorar la persona y la sociedad, no nos basta con pensar o imaginarse un mundo mejor.

- Tampoco es suficiente poner en marcha estrategias de transformación y calcular bien los resultados.

- Sobre todo, lo que necesitamos es hacer ya experiencia del futuro, que adivinamos como nuestra plenitud y nuestra felicidad.

Podríamos decir que, quien no "prueba" nunca el cielo, no puede avanzar él ni hacer avanzar el mundo. Porque sólo la experiencia profunda del gozo futuro garantiza que vayamos por buen camino y que realmente crecemos hacia una plenitud. El Señor nos atrae desde el futuro con pequeños regalos, pequeños momentos de alegría serena. Y la liturgia quiere ser para ello un buen instrumento en sus manos. "Ven, señor Jesús".

## LA LITURGIA DEL PERDÓN (29-3-09)

Por lo que vamos diciendo sobre la reconciliación, no es que yo otorgue el perdón, sino que el perdón, antes de darlo, se ha de recibir. Más aún, ni siquiera perdono o reconcilio, sino que sólo hago partícipe al hermano, que tal vez me ha ofendido, del perdón y la reconciliación que Dios me ha concedido. Yo no soy mejor que el hermano, cuando menos, soy como él. Si sigo viviendo es porque Dios me ama, y por mucho que yo sea malo, débil o ignorante, Él sigue ofrendándome su perdón.

Todas estas vivencias, y otras también importantes, se concentran en la liturgia, en el sacramento. El llamado tradicionalmente "Sacramento de la Confesión", con más propiedad "Sacramento de la Reconciliación", es fuente inagotable de recuperación y renacimiento de la vida, en uno mismo, en la Iglesia y en el mundo.

Tal vez algún día hablaremos de todas las cuestiones que se plantean alrededor de este sacramento. Muchas de estas cuestiones tienen su respuesta en todo cuanto hemos venido hablando a propósito de la liturgia: el porqué de la liturgia, lo que pide, su lenguaje, la presencia de la comunidad, su relación con la vida, la participación... Aquí sólo querríamos recordar que la Iglesia, en tanto que comunión del Pueblo de Dios, que vive de su amor perdonador, es a la vez el lugar de este mismo perdón ofrecido visiblemente (sacramentalmente) a todo el mundo. Así lo quiso Jesús.

Las consecuencias de este hecho no las había calibrado personalmente en toda su profundidad, hasta que tuve que explicar, delante de una asamblea bien cualificada, el significado teológico y espiritual de la palabra "Yo" en la fórmula de la absolución sacramental, que dice el sacerdote: "Yo te absuelvo de tus pecados".

Podemos pensar que, o bien es sublime, o bien es blasfemo. Porque el "yo" es, en primer lugar, el del presbítero que da la absolución, lo cual resulta sobrecogedor, si tenemos en cuenta que su persona puede estar cargada de miserias de todo tipo, como cualquier otro hermano. A la vez, este "yo" es el de Jesucristo viviente en su Pueblo, en su Cuerpo, en su Esposa, que es la Iglesia. Lo cual no deja de escandalizar a algunos, como aquellos fariseos que tildaron de blasfemo a Jesús cuando dijo al paralítico: "Hijo, te son perdonados los pecados" (Mc 2,5). La mediación "demasiado humana" de la acción de Dios siempre escandalizará. La liturgia del Sacramento de la Reconciliación pone de manifiesto que:

- El perdón hay que pedirlo personalmente y con mucha sencillez.
- El perdón nos llega, regalado, por medios tan humanos y débiles, como la humanidad de Jesús o, incluso, pecadora, como la nuestra. Dios no se avergüenza de ello.
- El perdón es un derramamiento, por sobreabundancia, del amor que Dios ha otorgado a la humanidad redimida, que es la Iglesia, su pueblo.

La liturgia del Sacramento del Perdón manifiesta otras muchas cosas. Una de ellas, de no menor importancia, es la alegría. Y con la alegría una nueva mirada en el mundo, que tanta falta nos hace.





